OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ

CÁNTICO ESPIRITUAL

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-672-4
Depósito legal: M. 40.388-2007

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Cántico espiritual

ADVERTENCIA

Lo maduró y compuso san Juan de la Cruz, en su mayoría, estando en la lóbrega cárcel del Convento de Carmelitas Calzados, de Toledo, por los años de 1576 a 1578. Se conservan dos redacciones del Cántico; *la primitiva y otra aumentada y corregida por su mismo autor. Esta segunda es la que reproducimos. El manuscrito mejor de este texto es el que cuidadosamente guardan las Madres Carmelitas de Jaén. El señor Burgos, en el volumen 55 de* Clásicos castellanos, *lo ha estampado con todo el rigor paleográfico hoy exigido; nosotros modernizamos la ortografía, sin mudar en nada las palabras, por comodidad de los lectores.*

Es ésta la obra más perfecta y hermosamente escrita del místico doctor. Desde la estrofa 1 a la 12 trata de la vía purgativa; de la 13 a la 21, de la iluminativa; de la 22 a la 25, de la unitiva, y de la 26 hasta el fin, del estado beatífico. Es un tratado completo de ascética y mística, redactado con tal delicadeza en los pensamientos y tal galanura en el lenguaje, que embelesa y enamora.

El «Comentario» lo escribió el Santo a petición de la Madre de Jesús, priora de las Descalzas de san José, de Granada. Había nacido en Medina

del Campo, el 25 de noviembre de 1545; tomó el hábito de Carmelita en 1570 en el Convento de san José, de Avila. Conoció a san Juan de la Cruz hacia 1578, y habiendo penetrado su virtud y unión con Dios, le rogó le explicara el sentido místico de las canciones compuestas en la cárcel.

CANTICO ESPIRITUAL

Declaración de las canciones que tratan del ejercicio de amor entre el Alma y el Esposo Cristo, en la cual se tocan y declaran algunos puntos y efectos de oración, a petición de la Madre Ana de Jesús, priora de las Descalzas en San José de Granada.—Año de 1584 años.

PROLOGO

1. Por cuanto estas canciones, religiosa Madre, parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios, cuya sabiduría y amor es tan inmenso, que, como se dice en el libro de la Sabiduría (8, 1), *toca desde un fin hasta otro fin,* y el alma que de él es informada y movida, en alguna manera esa misma abundancia e ímpetu lleva en el su decir, no pienso yo ahora declarar toda la anchura y copia que el espíritu fecundo del amor en ellas lleva, antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor en inteligencia mística, cuales son los de las presentes canciones, con alguna manera de palabras se pueden bien explicar; porque el Espíritu del Señor que *ayuda nuestra flaqueza,* como dice san Pablo *(Rom.,* 8, 26) morando en nosotros, *pide por nosotros con gemidos inefables* lo que nosotros no podemos bien entender ni comprender para lo manifestar. Porque, ¿quién podrá escribir lo que a las almas amorosas, donde Él mora, hace

entender? ¿Y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? ¿Y quién, finalmente, lo que las hace desear? Cierto, nadie lo puede; cierto, ni ellas mismas por quien pasa lo pueden; porque ésta es la causa por qué con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos y misterios que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez del espíritu de amor e inteligencia que ellas llevan, antes parecen dislates que dichos puestos en razón, según es de ver en los divinos Cantares de Salomón y en otros libros de la Escritura divina, donde no pudiendo el Espíritu Santo dar a entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en extrañas figuras y semejanzas. De donde se sigue que los santos doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras, así como tampoco por palabras se pudo ello decir; y así, lo que de ello se declara, ordinariamente es lo menos que contiene en sí.

2. Por haberse, pues, estas canciones compuesto en amor de abundante inteligencia mística, no se podrán declarar al justo, ni mi intento será tal, sino sólo dar alguna luz general, pues Vuestra Reverencia así lo ha querido; y esto tengo por mejor, porque los dichos de amor es mejor declararlos en su anchura para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos a un sentido a que no se acomode todo paladar. Y así, aunque en alguna manera se declaran, no hay para qué atarse a la declaración; porque la sabiduría mística—la cual es por amor, de que las presentes canciones tratan—no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto

de amor y afición en el alma; porque es a modo de la fe, en la cual amamos a Dios sin entenderle.

3. Por tanto, seré bien breve, aunque no podrá ser menos de alargarme en algunas partes donde lo pidiere la materia, y donde se ofreciere ocasión de tratar y declarar algunos puntos y efectos de oración, que por tocarse en las canciones muchos, no podrá ser menos de tratar algunos. Pero dejando los más comunes, trataré brevemente los más extraordinarios que pasan por los que han pasado, con el favor de Dios, de principiantes, y esto por dos cosas: la una, porque para los principiantes hay muchas cosas escritas; la otra, porque en ello hablo con Vuestra Reverencia por su mandado, a la cual nuestro Señor ha hecho merced de haberle sacado de esos principios y llevádole más adentro al seno de su amor divino. Y así espero que aunque se escriban aquí algunos de teología escolástica cerca del trato interior del alma con su Dios, no será en vano haber hablado algo a lo puro del espíritu en tal manera, pues aunque a Vuestra Reverencia le falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las verdades divinas, no le falta el de la mística, que se sabe por amor, en que no solamente se saben, más juntamente se gustan.

4. Y porque lo que dijere—lo cual quiero sujetar al mejor juicio, y totalmente al de la Santa Madre Iglesia—haga más fe, no pienso afirmar cosa del mío, fiándome de experiencia que por mí haya pasado, ni de lo que en otras personas espirituales haya conocido, o de ellas oído—aunque de lo uno y de lo otro me pienso aprovechar—, sin que con autoridades de la Escritura divina vaya

confirmado y declarado, a lo menos en lo que pareciere más dificultoso de entender.

En las cuales llevaré este estilo, que primero las pondré las sentencias de su latín, y luego las declararé al propósito de lo que se trajeren. Y pondré primero juntas todas las canciones, y luego por su orden iré poniendo cada una de por sí para haberla de declarar; de las cuales declararé cada verso, poniéndole al principio de su declaración.

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

ESPOSA

1. ¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras Ti clamando, y eras ido.

2. Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

3. Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA A LAS CRIATURAS

4. ¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!

RESPUESTA A LAS CRIATURAS

5. Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura (1).

ESPOSA

6. ¡Ay quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy ya más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

7. Y todos cuantos vagan,
de Ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

8. Mas ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes,
de lo que del Amado en ti concibes?

9. ¿Por qué, pues, has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

10. Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos,
y sólo para Ti quiero tenellos.

---

(1) *Hermosura:* aspirando la *h*.

11. Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

12. ¡Oh cristalina fuente,
si en eso tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!

13. Apártalos, Amado,
que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma,
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

14. Mi amado, las montañas
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

15. La noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

16. Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montiña.

17. Deténte, Cierzo muerto;
ven, Austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran sus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

18. ¡Oh ninfas de Judea,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales!

19. Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo;
mas mira las compañas
de la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

20. A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores
y miedos de las noches veladores:

21. Por las amenas liras,
y canto de sirenas os conjuro,
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la Esposa duerma más seguro.

22. Entrádose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
y en su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

23. Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada,
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

24. Nuestro lecho florido
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

25. A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.

26. En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.

27. Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí sin dejar cosa,
allí le prometí de ser su esposa.

28. Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

29. Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que andando enamorada,
me hice perdidiza, y fui ganada.

30. De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas,
en tu amor florecidas,
y en un cabello mío entretejidas.

31. En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

32. Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían:
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en Ti vían.

33. No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme,
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESPOSO

34. La blanca palomica
el arca con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

35. En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

ESPOSA

36. Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.

37. Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.

38. Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.

39. El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena
con llama que consume y no da pena.

40. Que nadie lo miraba,
Animadab tampoco parecía
y el cerco sosegaba,
y la caballería
a vista de las aguas descendía.

ARGUMENTO

1. El orden que llevan estas canciones es desde que un alma comienza a servir a Dios hasta que llega al último estado de perfección, que es matrimonio espiritual; y así, en ellas se tocan los tres estados o vías de ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son: purgativa, iluminativa y unitiva, y se declaran acerca de cada una algunas propiedades y efectos de ella.

2. El principio de ellas trata de los principiantes, que es la vía purgativa.

Las de más adelante tratan de los aprovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y ésta es la vía iluminativa.

Después de éstas, las que se siguen tratan de la vía unitiva, que es la de los perfectos, donde se hace el matrimonio espiritual. La cual vía unitiva y de perfectos se sigue a la iluminativa, que es de los aprovechados.

Y las últimas canciones tratan del estado beatífico, que sólo ya el alma en aquel estado perfecto pretende.

COMIENZA LA DECLARACION

de las canciones de amor entre la Esposa y el Esposo Cristo.

ANOTACION

1. Cayendo el alma en la cuenta de lo que esta obligada a hacer, viendo que la vida es *breve* (*Job*, 14, 5), *la senda de la vida* eterna *estrecha* (*Mt.*, 7, 14), que *el justo apenas se salva* (1 *Petr.*, 4, 18), que las cosas del mundo son vanas y engañosas, que *todo se acaba y falta como el agua que corre* (2 *Reg.*, 14, 14), el tiempo incierto, la cuenta estrecha, la perdición muy fácil, la salvación muy dificultosa; conociendo por otra parte la gran deuda que a Dios debe en haberle criado solamente para Sí, por lo cual le debe el servicio de toda su vida, y en haberla redimido solamente por Sí mismo, por lo cual le debe todo el resto y correspondencia del amor de su voluntad, y otros mil beneficios en que se conoce obligada a Dios desde antes que naciese, y que gran parte de su vida se ha ido en el aire, y que de todo esto ha de haber cuenta y razón, así de lo primero como de lo postrero, *hasta el último cuadrante* (*Mt.*, 5, 26), cuando *escudriñará Dios a Jerusalén con candelas encendidas* (*Sofon.*, 1, 12), y que ya es tarde y por ventura lo postrero del día (*Mt.*, 20, 6), para remediar tanto mal y daño, mayormente sintiendo a Dios muy alejado y escondido, por haberse ella querido

olvidar tanto de Él entre las criaturas, tocada ella de pavor y dolor de corazón interior sobre tanta perdición y peligro, renunciando todas las cosas, dando de mano a todo negocio, sin dilatar un día ni una hora, con ansia y gemido salido del corazón herido ya del amor de Dios, comienza a invocar a su Amado, y dice:

CANCION PRIMERA

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras Ti clamando, y eras ido.

DECLARACION

2. En esta primera canción, el alma, enamorada del Verbo Hijo de Dios, su Esposo, deseando unirse con Él por clara y esencial visión, propone sus ansias de amor, querellándose a Él de la ausencia, mayormente que habiéndola Él herido y llagado de su amor, por el cual ha salido de todas las cosas criadas y de sí misma, todavía haya de padecer la ausencia de su Amado, no desatándola ya de la carne mortal, para poderle gozar en gloria de eternidad. y así dice:

¿A dónde te escondiste?

3. Y es como si dijera: Verbo, Esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido. En lo cual le pide la manifestación de su divina esencia; porque el lugar donde está escondido el Hijo de

Dios es, como dice san Juan (1, 18), *el seno del Padre,* que es la esencia divina, la cual es ajena de todo ojo mortal, y escondida de todo humano entendimiento; que por eso Isaías (45, 15), hablando con Dios, dijo: *Verdaderamente Tú eres Dios escondido.*

De donde es de notar que por grandes comunicaciones y presencias, y altas y subidas noticias de Dios que un alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios, ni tiene que ver con Él, porque todavía, a la verdad, le está al alma escondido; y por eso siempre le conviene al alma, sobre todas esas grandezas, tenerle por escondido, y buscarle escondido, diciendo:

¿A dónde te escondiste?

Porque ni la alta comunicación ni presencia sensible es cierto testimonio de su graciosa presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma lo es de su ausencia en ella. Por lo cual el profeta Job (9, 11) dice: *Si viniere a mí, no le veré, y si se fuere, no le entenderé.*

4. En lo cual se ha de entender que si el alma sintiere gran comunicación o sentimiento o noticia espiritual, no por eso se ha de persuadir a que aquello que siente es poseer o ver clara y esencialmente a Dios, o que aquello sea tener más a Dios o estar más en Dios, aunque más ello sea; y que si todas esas comunicaciones sensibles y espirituales faltaren, quedando ella en sequedad, tiniebla y desamparo, no por eso ha de pensar que la falta Dios más así que así, pues que realmente ni por lo uno puede saber de cierto estar en su gracia, ni por lo otro estar fuera de ella, diciendo el

Sabio (*Eccl.*, 9, 1): *Ninguno sabe si es digno de amor o de aborrecimiento delante de Dios.*

De manera que el intento principal del alma en este verso no es sólo pedir la devoción afectiva y sensible, en que no hay certeza ni claridad de la posesión del Esposo en esta vida, sino principalmente la clara presencia y visión de su esencia, en que desea estar certificada y satisfecha en la otra.

5. Esto mismo quiso decir la Esposa en los Cantares divinos (1, 6) cuando, deseando unirse con la Divinidad del Verbo, Esposo suyo, la pidió al Padre, diciendo: *Muéstrame dónde te apacientas y dónde te recuestas al mediodía.* Porque en pedir le mostrase *dónde se apacentaba* era pedir le mostrase la esencia del Verbo divino, su Hijo; porque el Padre no se apacienta en otra cosa que en su único Hijo, pues es la gloria del Padre. Y en pedir le mostrase el lugar *donde se recostaba*, era pedirle lo mismo; porque el Hijo sólo es el deleite del Padre, el cual no se recuesta en otro lugar, ni cabe en otra cosa que en su amado Hijo, en el cual todo Él se recuesta, comunicándole toda su esencia *al mediodía*, que es la eternidad, donde siempre le engendra y le tiene engendrado. Este pasto, pues, del Verbo Esposo, donde el Padre se apacienta en infinita gloria, y este lecho florido, donde con infinito deleite de amor se recuesta, escondido profundamente de todo ojo mortal y de toda criatura, pide aquí el alma Esposa cuando dice:

¿A dónde te escondiste?

6. Y para que esta sedienta alma venga a hallar a su Esposo y unirse con Él por unión de amor en esta vida, según puede, y entretenga su

sed con esta gota que de Él se puede gustar en esta vida, bueno, será, pues lo pide a su Esposo, tomando la mano por Él, le respondamos mostrándole el lugar más cierto donde está escondido, para que allí lo halle a lo cierto con la perfección y sabor que puede en esta vida, y *así no comience a vaguear* en vano *tras las pisadas de las compañías.* Para lo cual es de notar que el Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma; por tanto, el alma que le ha de hallar conviene salir de todas las cosas según la afición y voluntad, y entrase en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que por eso san Agustín, hablando en los Soliloquios (1) con Dios, decía: No te hallaba, Señor, de fuerza, porque mal te buscaba fuera que estabas dentro. Está, pues, Dios en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo, diciendo:

¿A dónde te escondiste?

7. ¡Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado para buscarle y unirte con Él! Ya se te dice que tú misma eres el aposento donde Él mora, y el retrete y escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti, que esté en ti, o por mejor decir, tú no puedes estar sin Él. *Catad,* dice el Esposo *(Lc.,* 17, 21), *que el reino de Dios está dentro de vosotros.* Y su siervo el Apóstol san

---

(1) ML. XI, 888.

Pablo: *Vosotros*, dice (2 *Cor.*, 6, 16), *sois templo de Dios.*

8. Grande contento es para el alma entender que nunca Dios falta del alma, aunque esté en pecado mortal, cuánto menos de la que está en gracia. ¿Qué más quieres, oh alma, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con Él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora; y no le vayas a buscar fuera de ti, porque te distraerás y cansarás, y no le hallarás ni gozarás más cierto ni más presto ni más cerca que dentro de ti. Sólo hay una cosa: que aunque esté dentro de ti, está escondido. Pero gran cosa es saber el lugar donde está escondido para buscarle allí a lo cierto. Y esto es lo que tú también, alma, pides cuando con afecto de amor dices:

¿A dónde te escondiste?

9. Pero todavía dices: «Puesto está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no le hallo ni le siento?» La causa es porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida, tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar, y cuando la halla, él también está escondido como ella. Como quiera, pues, que tu Esposo amado es *el tesoro escondido en el campo* de tu alma, *por el cual el sabio mercader dio todas sus cosas* (*Mt.*, 13, 44), convendrá que para que tú le halles, olvidadas todas las tuyas, y alejándote de todas las criaturas, *te escondas en tu retrete inte-*

rior del espíritu, y *cerrando la puerta sobre ti* (es a saber, tu voluntad a todas las cosas) *ores a tu Padre en escondido (Mt.*, 6, 6); y así quedando escondida con Él, entonces le sentirás *en escondido,* y le amarás y gozarás en escondido, y te deleitarás en escondido con Él, es a saber, sobre todo lo que alcanza la lengua y sentido.

10. ¡Ea, pues, alma hermosa!, pues ya sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con Él bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afición de amor. Y mira que a ese escondrijo te llama Él por Isaías (26, 20) diciendo: *Anda, entra en tus retretes, cierra tus puertas sobre ti*—esto es, todas tus potencias a todas las criaturas—, *escóndete un poco hasta un momento,* esto es, por este momento de vida temporal. Porque si en esta brevedad de vida *guardares,* oh alma, *con toda guarda tu corazón,* como dice el Sabio *(Prov.*, 4, 23), sin duda ninguna te dará Dios lo que adelante dice Dios también por Isaías (45, 3), diciendo: *Daréte los tesoros escondidos, y descubrirte he la substancia y misterios de los secretos.* La cual *substancia de los secretos* es el mismo Dios, porque Dios es la *substancia* de la fe y el concepto de ella, y la fe es el *secreto* y el misterio. Y cuando se revelare y manifestare esto que nos tiene secreto y encubierto la fe, que es lo *perfecto de Dios,* como dice san Pablo (1 *Cor.*, 13, 10), entonces se descubrirán al alma la substancia y misterios de los secretos; pero en esta vida mortal, aunque no llegará el alma tan a lo puro de ellos como en la otra, por más que se esconda, todavía si *se escondiere* como Moisés *(Ex.*, 33, 22), *en la caverna de la piedra,* que es la verdadera imitación de la perfección de la vida del Hijo de Dios, Esposo del alma, *amparándola Dios con su diestra,*

merecerá que *le muestren las espadas de Dios*, que es llegar en esta vida a tanta perfección, que se una y transforme por amor en el dicho Hijo de Dios su Esposo; de manera que se sienta tan junta con Él y tan instruida y sabia en sus misterios, que cuanto a lo que toca a conocerle en esta vida, no tenga necesidad de decir:

¿A dónde te escondiste?

11. Dicho queda, ¡oh alma!, el modo que te conviene tener para hallar al Esposo en tu escondrijo. Pero si lo quieres volver a oir, oye una palabra llena de substancia y verdad inaccesible: es buscarle en fe y en amor, sin querer satisfacerte de cosa ni gustarla ni entenderla más de lo que debes saber; que esos dos son los mozos del ciego que te guiarán por donde no sabes allá a lo escondido de Dios. Porque la fe, que es el secreto que habemos dicho, son los pies con que el alma va a Dios, y el amor es la guía que la encamina; y andando ella tratando y manoseando estos misterios y secretos de fe, merecerá que el amor la descubra lo que en sí encierra la fe, que es el Esposo que ella desea, en esta vida por gracia especial de divina unión con Dios, como habemos dicho, y en la otra por gloria esencial, gozándole cara a cara, ya de ninguna manera escondido. Pero, entre tanto, aunque el alma llegue a esta dicha unión—que es el más alto estado a que se puede llegar en esta vida—, por cuanto al alma todavía le está escondido en el seno del Padre, como habemos dicho, que es como ella le desea gozar en la otra, siempre dice:

¿A dónde te escondiste?

12. Muy bien haces, ¡oh alma!, en buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas a Dios y mucho te llegas a Él, teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar; y por tanto, no repares en parte ni en todo lo que tus potencias pueden comprender. Quiero decir, que nunca te quieras satisfacer en lo que entendieres de Dios, sino en lo que no entendieres de Él; y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres o sintieres de Dios, sino ama y deléitate en lo que no puedes entender y sentir de Él; que eso es, como habemos dicho, buscarle en fe. Que pues es Dios inaccesible y escondido, como también habemos dicho, aunque más te parezca que le hallas y le sientes y le entiendes, siempre le has de tener por escondido, y le has de servir escondido en escondido. Y no seas como muchos insipientes que piensan bajamente de Dios, entendiendo que cuando no le entienden o no le gustan o sienten, está Dios más lejos y más escondido; siendo más verdad lo contrario, que cuanto menos distintamente le entienden, más se llegan a Él, pues como dice el profeta David *(Sal.* 17, 12): *Puso en su escondrijo las tinieblas.* Así, llegando cerca de Él, por fuerza has de sentir tinieblas en la flaqueza de tu ojo. Bien haces, pues, en todo tiempo, ahora de adversidad, ahora de prosperidad espiritual o temporal, tener a Dios por escondido, y así clamar a Él diciendo:

¿A dónde te escondiste.
Amado, y me dejaste con gemido?

13. Llámale *Amado,* para más moverle e inclinarle a su ruego; porque cuando Dios es amado, con grande facilidad acude a las peticiones de

su amante. Y así lo dice Él por san Juan (15, 7), diciendo: *Si permaneciéredes en Mí, todo lo que quisiéredes pediréis y hacerse ha.* De donde entonces le puede el alma de verdad llamar Amado, cuando ella está entera con Él, no teniendo su corazón asido a alguna cosa fuera de Él, y así de ordinario trae su pensamiento en Él. Que por falta de esto dijo Dalila a Salomón *(Judic.*, 16, 15) que *¿cómo podía Él decir que la amaba, pues su ánimo no estaba con ella?* En el cual ánimo se incluye el pensamiento y la afición. De donde algunos llaman al Esposo Amado, y no es su Amado de veras, porque no tienen entero con Él su corazón; y así su petición no es en la presencia de Dios de tanto valor; por lo cual no alcanzan luego su petición, hasta que continuando la oración, vengan a tener su ánimo más continuo con Dios, y el corazón con Él más entero con afición de amor, porque de Dios no se alcanza nada si no es por amor.

14. En lo que dice luego:

...y me dejaste con gemido,

es de notar que la ausencia del Amado causa continuo gemir en el amante; porque como fuera de Él nada ama, en nada descansa ni recibe alivio; de donde en esto se conocerá el que de veras a Dios ama, si con ninguna cosa menos que Él se contenta. Mas ¿qué digo se contenta? Pues aunque todas juntas las posea, no estará contento, antes cuantas más tuviere estará menos satisfecho; porque la satisfacción del corazón no se halla en la posesión de las cosas, sino en la desnudez de todas ellas y pobreza de espíritu. Que pór consistir én ésta la perfección de amor en que se posee

Dios con muy justa y particular gracia, vive el alma en esta vida, cuando ha llegado a ella, con alguna satisfacción, aunque no con hartura; pues que David (*Sal.* 16, 15), con toda su perfección, la esperaba en el cielo, diciendo: *Cuando pareciere tu gloria, me hartaré.* Y así no le basta la paz y tranquilidad y satisfacción de corazón a que puede llegar el alma en esta vida, para que deje de tener dentro de sí gemido—aunque pacífico y no penoso—en la esperanza de lo que falta. Porque el gemido es anejo a la esperanza; como el que decía el Apóstol que tenía él y los demás, aunque perfectos, diciendo (*Rom.*, 8, 23): *Nosotros mismos, que tenemos las primicias del espíritu, dentro de nosotros mismos gemimos esperando la adopción de hijos de Dios.* Este gemido, pues, tiene aquí el alma dentro de sí en el corazón enamorado; porque donde hiere el amor, allí está el gemido de la herida clamando siempre en el sentimiento de la ausencia; mayormente [cuando] habiendo ella gustado alguna dulce y sabrosa comunicación del Esposo, ausentándose, se quedó sola y seca de repente, que por eso dice luego:

Como el ciervo huiste.

15. Donde es de notar que en los Cantares (2, 9) compara la Esposa al Esposo al ciervo y a la cabra montesa, diciendo: *Semejante es mi Amado a la cabra y al hijo de los ciervos.* Y esto no sólo por ser extraño y solitario, y huir de las campañas, como el ciervo; sino también por la presteza del esconderse y mostrarse, cual suele hacer en las visitas que hace a las devotas almas para regalarlas y animarlas, y en los desvíos y ausencias que las hace sentir después de las tales visitas para

probarlas y humillarlas y enseñarlas; por lo cual las hace sentir con mayor dolor la ausencia, según ahora da aquí a entender en lo que se sigue, diciendo:

habiéndome herido.

16. Que es como si dijera: No sólo me bastaba la pena y el dolor que ordinariamente padezco en tu ausencia, sino que hiriéndome más de amor con tu flecha, y aumentando la pasión y apetito de tu vista, huyes con ligereza de ciervo, y no te dejas comprender algún tanto.

17. Para más declaración de este verso, es de saber que allende de otras muchas diferencias de visitas que Dios hace al alma, con que la llaga y levanta en amor, suele hacer unos escondidos toques de amor, que a manera de saeta de fuego hieren y traspasan el alma, y la dejan toda cauterizada con fuego de amor, y éstas propiamente se llaman heridas de amor, de las cuales habla aquí el alma. Inflaman éstas tanto la voluntad en afición, que se está el alma abrasando en fuego y llama de amor, tanto, que parece consumirse en aquella llama, y la hace salir fuera de sí, y renovar toda y pasar a nueva manera de ser, así como el ave fénix que se quema y renace de nuevo. De lo cual hablando David (*Sal.* 72, 21, 22), dice: *Fue inflamado mi corazón, y las renes se mudaron, y yo me resolví en nada, y no supe.*

18. Los apetitos y afectos, que aquí entiende el profeta por *renes,* todos se conmueven y *mudan* en divinos en aquella *inflamación del corazón,* y el alma por amor *se resuelve en nada, nada sabiendo sino amor.* Y a este tiempo es la conmutación de estas renes en grande manera de tormen-

to y ansia por ver a Dios, tanto, que le parece al alma intolerable rigor de que con ella usa el amor; no porque la hubo herido—porque antes tiene ella las tales heridas por salud—, sino porque la dejó así penando en amor, y no la hirió más valerosamente, acabándole de matar; para verse y juntarse con Él en vida de amor perfecto. Por tanto, encareciendo o declarando ella su dolor, dice:

habiéndome herido.

19. Es a saber, dejándome así herida, muriendo con heridas de amor de Ti, te escondiste con tanta ligereza como ciervo. Este sentimiento acaece así tan grande, porque en aquella herida de amor que hace Dios al alma, levántase el efecto de la voluntad con súbita presteza a la posesión del Amado, cuyo toque sintió; con esa misma presteza siente la ausencia y el no poderle poseer aquí como desea, y así, luego allí juntamente siente el gemido de la tal ausencia. Porque estas visitas tales no son como otras en que Dios recrea y satisface al alma, porque éstas sólo las hace más para herir que para sanar, y más para lastimar que para satisfacer, pues sirven para avivar la noticia y aumentar el apetito, y, por consiguiente, el dolor y ansia de ver a Dios. Estas se llaman heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables; por lo cual querría ella estar siempre muriendo mil muertes a estas lanzadas, porque la hacen salir de sí y entrar en Dios, lo cual da ella a entender en el verso siguiente, diciendo:

salí tras Ti clamando, y eras ido.

20. En las heridas de amor no puede haber medicina sino de parte del que hirió; y por eso esta herida alma salió, en la fuerza del fuego que causó la herida, tras de su Amado que la había herido, clamando a Él para que la sanase. Es de saber que este *salir,* espiritualmente se entiende aquí de dos maneras, para ir tras Dios: La una, saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por aborrecimiento y desprecio de ellas; la otra, saliendo de sí misma por olvido de sí, lo cual se hace por el amor de Dios; porque cuando éste toca al alma con las veras que se va diciendo aquí, de tal manera la levanta, que no sólo la hace salir de sí misma por olvido de sí, pero aun de sus quicios y modos e inclinaciones naturales la saca clamando por Dios. Y así es como si dijera: Esposo mío, en aquel toque tuyo y herida de amor sacaste mi alma, no sólo de todas las cosas, más también la sacaste e hiciste salir de sí—porque, a la verdad, y aun de las carnes parece la saca—, y levantástela a Ti, clamando por Ti, ya desasida de todo para asirse a Ti.

...y eras ido.

21. Como si dijera: Al tiempo que quise comprender tu presencia no te hallé, y quedéme desasida de lo uno y sin asir lo otro, penando en los aires de amor, sin arrimo de Ti y de mí. Esto que aquí llama el alma *salir* para ir a buscar el Amado, llama la Esposa en los Cantares (3, 2; 5, 7) *levantar,* diciendo: *Levantarme he y buscaré al que ama mi alma, rodeando la ciudad por los arrabales y las plazas. Busquéle,* dice, *y no le hallé, y llagáronme. Levantarse* el alma Esposa, se entiende allí, hablando espiritualmente, de lo

bajo a lo alto, que es lo mismo que aquí dice el alma *salir;* esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios. Pero dice allí la Esposa que quedó llagada porque no le halló; y aquí el alma también dice que está herida de amor, y la dejó así. Por eso el enamorado vive siempre penando en la ausencia, porque él está ya entregado al que ama, esperando la paga de la entrega que ha hecho, y es la entrega del amado a él, y todavía no se le da; y estando ya perdido a todas las cosas y a sí mismo por el amado, no ha hallado la ganancia de su pérdida, pues carece de la posesión del que ama su alma.

22. Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios suele ser tan grande a los que van llegando al estado de perfección al tiempo de estas divinas heridas, que si no proveyese el Señor, morirían; porque como tienen el paladar de la voluntad sano, y el espíritu limpio y bien dispuesto para Dios, y en lo que está dicho se les da a gustar algo de la dulzura del amor divino que ellos sobre todo modo apetecen, padecen sobre todo modo, porque como por resquicio se les muestra un inmenso bien, y no se les concede, así es inefable la pena y el tormento.

CANCION II

Pastores, los que fuerdes
allá, por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

DECLARACION

1. En esta canción el alma se quiere aprovechar de terceros y medianeros para con su Amado, pidiéndoles le den parte de su dolor y pena; porque propiedad es del amante, ya que por la presencia no puede comunicarse con el Amado, de hacerlo con los mejores medios que puede; y así, el alma, con sus deseos, afectos y gemidos, se quiere aquí aprovechar como de mensajeros que tan bien saben manifestar lo secreto del corazón a su Amado, y así los requiere que vayan diciendo:

Pastores, los que fuerdes

2. Llamando *pastores* a sus deseos, afectos y gemidos, por cuanto ellos apacientan el alma de bienes espirituales. Porque pastor quiere decir apacentador, y mediante ellos se comunica Dios a ella y le da divino pasto, porque sin ellos poco se le comunica. Y dice:

...los que fuerdes,

que es como decir, los que de puro amor saliéredes; porque no todos los afectos y deseos van hasta Él, sino los que salen de verdadero amor.

Allá por las majadas al otero.

3. Llama *majadas* a las jerarquías y coros de los ángeles, por los cuales de coro en coro van nuestros gemidos y oraciones a Dios. Al cual aquí llama *otero*, por ser Él la suma alteza, y porque en Él, como en el otero, se otean y ven todas las cosas y las majadas superiores e inferiores, al cual

van nuestras oraciones, ofreciéndoselas los ángeles, como habemos dicho, según lo dijo el ángel a Tobías (12, 12), diciendo: *Cuando orabas con lágrimas y enterrabas los muertos, yo ofrecía tu oración a Dios.*

También se pueden entender estos *pastores* del alma, por los mismos ángeles, porque no sólo llevan a Dios nuestros recaudos, sino también traen los de Dios a nuestras almas, apacentándolas como buenos pastotres de dulces comunicaciones e inspiraciones de Dios, por cuyo medio Dios también las hace, y ellos nos amparan y defienden de los lobos, que son los demonios.

Ahora, pues, entienda estos pastores por los efectos, ahora por los ángeles, todos desea el alma que le sean parte y medios para con su Amado, y así a todos les dice:

si por ventura vierdes.

4. Y es tanto como decir: Si, por mi buena dicha y ventura, llegáredes a su presencia, de manera que Él os vea y os oiga. Donde es de notar, que aunque es verdad que Dios todo lo sabe y entiende, y hasta los mismos pensamientos del alma ve y nota, como dice Moisés *(Deut.*, 31, 21), entonces se dice *ver* nuestras necesidades y oraciones u *oírlas*, cuando las remedia o las cumple. Porque no cualesquier necesidades y peticiones llegan a colmo que las oiga Dios para cumplirlas, hasta que en sus ojos lleguen a bastante sazón y tiempo y número; y entonces, se dice *verlo* y *oírlo*, según es de ver en el Éxodo (3, 7-8) que después de cuatrocientos años que los hijos de Israel habían estado afligidos en la servidumbre de Egipto, dijo Dios a Moisés: *Vi la aflicción de mi pueblo, y*

he bajado para librarlos, como quiera que siempre la hubiese visto. Y también dijo san Gabriel a Zacarías *(Lc.,* 1, 13), que no temiese, porque ya Dios *había oído* su oración en darle el hijo que muchos años le había andado pidiendo, como quiera que siempre le hubiese oído. Y así ha de entender cualquier alma, que aunque Dios no acude luego a su necesidad y ruego, que no por eso dejará de acudir en el tiempo oportuno *el que es ayudador,* como dice David *(Sal.* 9, 10), *en las oportunidades y en la tribulación,* si ella no desmayare y cesare.

Esto, pues, quiere decir aquí el alma cuando dice:

si por ventura vierdes.

Es a saber, si por ventura es llegado el tiempo en que tenga por bien de otorgar mis peticiones.

Aquel que yo más quiero.

5. Es a saber, más que a todas las cosas. Lo cual es verdad cuando al alma no se le pone nada delante que la acobarde de hacer y padecer por Él cualquier cosa de su servicio. Y cuando el alma también puede con verdad decir lo que en el verso siguiente aquí dice, es señal que le ama sobre todas las cosas. Es, pues, el verso:

decidle que adolezco, peno y muero.

6. En el cual representa el alma tres necesidades, conviene a saber: dolencia, pena y muerte. Porque el alma que de veras ama a Dios con amor de alguna perfección, en la ausencia padece ordinariamente de tres maneras, según las tres potencias del alma, que son: entendimiento, volun-

tad y memoria. Acerca del entendimiento, dice que *adolece* porque no ve a Dios, que es la salud del entendimiento, según lo dice por David (*Sal.* 34, 3), diciendo: *Yo soy tu salud.* Acerca de la voluntad, dice que *pena* porque no posee a Dios, que es el refrigerio y deleite de la voluntad, según también lo dice David (*Sal.* 35, 9), diciendo: *Con el torrente de tu deleite los hartarás.* Acerca de la memoria, dice que *muere,* porque acordándose que carece de todos los bienes del entendimiento, que es ver a Dios, y de los deleites de la voluntad, que es poseerle, y que también es muy posible carecer de Él para siempre entre los peligros y ocasiones de esta vida, padece en esta memoria sentimiento a manera de muerte, porque echa de ver que carece de la cierta y perfecta posesión de Dios, el cual es vida del alma, según lo dice Moisés (*Deut.*, 30, 20), diciendo: *Él ciertamente es tu vida.*

7. Estas tres maneras de necesidades representó también Jeremías a Dios en los Trenos (3, 19), diciendo: *Recuérdate de mi pobreza y del ajenjo y de la hiel.* La *pobreza* se refiere al entendimiento, porque a él pertenecen las riquezas de la sabiduría del Hijo de Dios, *en el cual,* como dice san Pablo (*Colos.*, 2, 3), *están encerrados todos los tesoros de Dios.* El *ajenjo,* que es hierba amarguísima, se refiere a la voluntad, porque a esta potencia pertenece la dulzura de la posesión de Dios; de la cual careciendo se queda con amargura. Y que la amargura pertenezca a la voluntad espiritualmente, se da entender en el Apocalipsis (10, 9), cuando el ángel dijo a san Juan: *Que en comiendo aquel libro le haría amargar el vientre,* entendiendo allí por vientre la voluntad. La *hiel* se refiere no sólo a la memoria, sino a todas las potencias

y fuerzas del alma. Porque la hiel significa la muerte del alma, según da a entender Moisés hablando con los condenados en el Deuteronomio (32, 33) diciendo: *Hiel de dragones será el vino de ellos, y veneno de áspides insanable;* lo cual significa allí el carecer de Dios, que es muerte del alma. Estas tres necesidades y penas están fundadas en las tres virtudes teologales, que son: fe, caridad y esperanza, las cuales se refieren a las tres dichas potencias, por el orden que aquí se ponen: entendimiento, voluntad y memoria.

8. Y es de notar que el alma, en el dicho verso, no hace más que representar su necesidad y pena al Amado; porque el que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad para que el Amado haga lo que fuere servido; como cuando la bendita Virgen dijo al amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino, sino diciéndole (*Jn.*, 2, 3): *No tienen vino.* Y las hermanas de Lázaro le enviaron a decir no que sanase a su hermano, sino que *mirase que al que amaba estaba enfermo* (*Jn.*, 11, 3). Y esto por tres cosas: La primera, porque mejor sabe el Señor lo que nos conviene que nosotros; la segunda, porque más se compadece el Amado viendo la necesidad del que le ama y su resignación; la tercera, porque más seguridad lleva el alma cerca del amor propio y propiedad en representar la falta, que en pedir a su parecer lo que le falta. Ni más ni menos hace ahora el alma, representando sus tres necesidades, y es como si dijera: Decid a mi Amado que, pues *adolezco*, y Él solo es mi salud, que me de mi salud; y que, pues *peno*, y Él solo es mi gozo, que me de mi gozo; y que pues *muero*, y Él solo es mi vida, que me de vida.

CANCION III

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

DECLARACION

1. Viendo el alma que para hallar al Amado no le bastan gemidos y oraciones, ni tampoco ayudarse de buenos terceros, como ha hecho en la primera y segunda canción, por cuanto el deseo con que le busca es verdadero y su amor grande, no quiere dejar de hacer alguna diligencia de las que de su parte puede. Porque el alma que de veras a Dios ama, no empereza hacer cuanto puede por hallar al Hijo de Dios, su Amado; y aun después que lo ha hecho todo, no se satisface ni piensa que ha hecho nada; y así en esta tercera canción, ella misma por la obra del quiere buscar, y dice el modo que ha de tener en hallarlo, conviene a saber: que ha de *ir* ejercitándose en las virtudes y ejercicios espirituales de la vida activa y contemplativa; y que para esto no ha de admitir deleites ni regalos algunos, ni bastarán a detenerla e impedirla este camino todas las fuerzas y asechanzas de los tres enemigos del alma, que son: mundo, demonio y carne, diciendo:

buscando mis amores.

2. Esto es, mi Amado. Bien da a entender aquí el alma que para hallar a Dios de veras no

basta sólo orar con el corazón y con la lengua, ni tampoco ayudarse de beneficios ajenos, sino que también, junto con eso, es menester obrar de su parte lo que en sí es; porque más suele estimar Dios una obra de la propia persona, que muchas que otras hacen por ella. Y por eso, acordándose aquí el alma del dicho del Amado, que dice (*Lc.*, 11, 9): *Buscad y hallaréis*, ella misma se determina *a salir*, de la manera que arriba habemos dicho, a buscarle por la obra, por no se quedar sin hallarle, como muchos que no querrían que les costase Dios más que hablar, y aún eso mal, y por Él no quieren hacer casi cosa que les cueste algo. Y algunos aun no levantarse de un lugar de su gusto y contento por Él, sino que así se les viniese el sabor de Dios a la boca y al corazón, sin dar paso y mortificarse en perder alguno de sus gustos, consuelos y quereres inútiles; pero hasta que de ellos *salgan* a buscarle, aunque más voces den a Dios, no le hallarán; porque así le buscaba la Esposa en los Cantares (3, 1), y no le halló hasta que *salió a buscarle*, y dícelo por estas palabras: *En mi lecho de noche busqué al que ama mi alma; busquéle y no le hallé; levantarme he y rodearé la ciudad; por los arrabales y las plazas buscaré al que ama mi alma.* Y después de haber pasado algunos trabajos, dice allí que le halló.

3. De donde el que busca a Dios queriendo estar en su gusto y descanso, de noche le busca, y así no le hallará; pero el que le busca por el ejercicio y obras de las virtudes, dejado aparte el lecho de sus gustos y deleites, éste le busca de día, y así le hallará; porque lo que de noche no se halla, de día parece. Esto da a entender bien el mismo Esposo en el libro de la Sabiduría (6, 1),

diciendo: *Clara es la Sabiduría y nunca se marchita y fácilmente en vista de los que la aman, y es hallada de los que la buscan. Previene a los que la codician, para mostrarse primero a ellos. El que por la mañanica madrugare a ella, no trabajará, porque la hallará sentada a la puerta de su casa.* En lo cual da a entender que en saliendo el alma de la casa de su propia voluntad y del lecho de su propio gusto, acabado de salir, luego allí fuera hallará a la dicha Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, su Esposo. Y por eso dice el alma aquí:

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas.

4. Por los *montes,* que son altos, entiende aquí las virtudes: Lo uno, por la alteza de ellos; lo otro, por la dificultad y trabajo que se pasa en subir a ellas; por las cuales dice que *irá,* ejercitando la vida contemplativa. Por las *riberas,* que son bajas, entiende las mortificaciones, penitencias y ejercicios espirituales; por las cuales también dice que *irá,* ejercitando en ellas la vida activa junto con la contemplativa que ha dicho; porque para buscar a lo cierto a Dios y adquirir las virtudes, la una y la otra son menester. Es, pues, tanto como decir: Buscando a mi Amado, iré poniendo por obra las altas virtudes, y humillándome en las bajas mortificaciones y ejercicios humildes. Esto dice, porque el camino de buscar a Dios es *ir,* obrando en Dios el bien y mortificando en sí el alma, de la manera que va diciendo en los versos siguientes, es a saber:

ni cogeré las flores.

5. Por cuanto para buscar a Dios se requiere un corazón desnudo y fuerte y libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios, dice en el presente verso y los siguientes el alma la libertad y fortaleza que ha de tener para buscarle. Y en éste dice que *no cogerá las flores* que encontrare en este camino; por las cuales entiende todos los gustos y contentamientos y deleites que se le pueden ofrecer en esta vida, que le podrían impedir el camino, si cogerlos y admitirlos quisiere. Los cuales son en tres maneras: temporales, sensuales y espirituales. Y porque los unos y los otros ocupan el corazón, y le son impedimento para la desnudez espiritual, cual se requiere para el derecho camino de Cristo, si reparase o hiciese asiento en ellos, dice que para buscarle *no cogerá* todas estas dichas cosas. Y así es como si dijera: Ni pondré mi corazón en las riquezas y bienes que ofrece el mundo, ni admitiré los contentamientos y deleites de mi carne, ni repararé en los gustos y consuelos de mi espíritu, de suerte que me detenga en *buscar a mis amores* por los montes de las virtudes y trabajos. Esto dice por tomar el consejo que da el profeta David (*Sal.* 61, 11) a los que van por este camino, diciendo: *Divitiae si affluant, nolite cor apponere.* Esto es, si se ofrecieren abundantes riquezas, no queráis aplicar a ellas el corazón. Lo cual entiende, así de los gustos sensuales como de los demás bienes temporales y consuelos espirituales.

Donde es de notar, que no sólo los bienes temporales y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios, mas también los consuelos y deleites espirtuales, si se tienen con propiedad o se buscan, impiden al camino de la cruz del Esposo Cristo. Por tanto, el que ha de ir adelan-

te conviene que no se ande a *coger esas flores*.

Y no sólo eso, sino que también tenga ánimo y fortaleza para decir:

ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

6. En los cuales versos pone los tres enemigos del alma, que son: mundo, demonio y carne, que son los que hacen guerra y dificultan el camino. Por las *fieras* entiende el mundo, por los *fuertes* el demonio y por las *fronteras* la carne.

7. Llama *fieras* al mundo, porque el alma que comienza el camino de Dios, parécele que se le representa en la imaginación el mundo como a manera de fieras, haciéndole amenazas y fieros, y es principalmente en tres maneras: La primera, que le ha de faltar el favor del mundo, perder los amigos, el crédito, valor y aun la hacienda; la segunda—que es otra *fiera* no menor—, que cómo ha de poder sufrir no haber ya jamás de tener contento ni deleite del mundo, y carecer de todos los regalos de él; y la tercera es aún mayor, conviene a saber, que se han de levantar contra ella las lenguas, y han de hacer burla, y ha de haber muchos dichos y mofas, y la han de tener en poco; las cuales cosas de tal manera se les suelen anteponer a algunas almas, que se les hace dificultosísimo no sólo el perseverar contra estas fieras, mas aun el poder comenzar el camino.

8. Pero a algunas almas generosas se les suelen poner otras *fieras* más interiores y espirituales, dificultades y tentaciones, tribulaciones y trabajos de muchas maneras por que les conviene pasar, cuales les envía Dios a los que quiere levantar a alta perfección, probándolos y examinándolos co-

mo el oro en el fuego, según aquello de David *(Sal.* 33, 20), en que dice: *Multae tribulationes justorum.* Esto es: las tribulaciones de los justos son muchas, *mas de todas ellas los librará el Señor.* Pero el alma bien enamorada, que estima a su Amado más que a todas las cosas, confiado del amor y favor de Él, no tiene en mucho decir:

ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

9. A los demonios, que es el segundo enemigo, llama *fuertes,* porque ellos con grande fuerza procuran tomar el paso de este camino; porque también sus tentaciones y astucias son más fuertes y duras de vencer y más dificultosas de entender que las del mundo y carne, y porque también se fortalecen de estos otros dos enemigos, mundo y carne, para hacer al alma fuerte guerra. Y, por tanto, hablando David *(Sal.* 53, 5) de ellos, los llama fuertes, diciendo: *Fortes quaesierunt animam meam.* Es a saber: Los fuertes pretendieron mi alma. De cuya fortaleza también dice el profeta Job (41, 24): *Que no hay poder sobre la tierra que se compare a éste del demonio, que fue hecho de suerte que a ninguno temiese;* esto es: ningún poder humano se podrá comparar con el suyo, y así sólo el poder divino basta para poderlo vencer, y sola la luz divina para poder entender sus ardides. Por lo cual el alma que hubiere de vencer su fortaleza no podrá sin oración, ni sus engaños podrá entender sin mortificación y sin humildad. Que por eso dice san Pablo, avisando a los fieles estas palabras, diciendo *(Ef.,* 6, 11-12): *Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli, quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem.* Es a

saber: Vestíos de las armas de Dios para que podáis resistir contra las astucias del enemigo; porque esta lucha no es como contra la carne y sangre, entendiendo por la sangre el mundo, y por las armas de Dios la oración y cruz de Cristo, en que está la humildad y mortificación que habemos dicho.

10. Dice también el alma que *pasará las fronteras,* por las cuales se entiende, como habemos dicho, las repugnancias y rebeliones que naturalmente la carne tiene contra el espíritu; la cual, como dice san Pablo *(Gal.,* 5, 17): *Caro enim concupiscit adversus spiritum.* Esto es: la carne codicia contra el espíritu, y se pone como en frontera, resistiendo el camino espiritual. Y estas *fronteras* ha de pasar el alma, rompiendo las dificultades, y echando por tierra con la fuerza y determinación del espíritu todos los apetitos sensuales y aficiones naturales; porque en tanto que los hubiere en el alma, de tal manera está el espíritu impedido debajo de ellas, que no puede pasar a verdadera vida y deleite espiritual. Lo cual nos dio bien a entender san Pablo, diciendo *(Rom.,* 8, 13): *Si spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.* Esto es: Si mortificáredes las inclinaciones de la carne y apetitos con el espíritu, viviréis.

Este, pues, es el estilo que dice el alma en la dicha canción que le conviene tener para en este camino buscar a su Amado, el cual, en suma, es tal constancia y valor para no bajarse a coger las flores, y ánimo para no temer las fieras, y fortaleza para pasar los fuertes y fronteras, sólo entendiendo en ir por los montes y riberas de virtudes, de la manera que está ya declarado.

CANCION IV

¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado!,
decid si por vosotros ha pasado.

DECLARACIÓN

1. Después que el alma ha dado a entender la manera de disponerse para comenzar este camino para no se andar ya a deleites y gustos, y fortalezas para vencer las tentaciones y dificultades, en lo cual consiste el ejercicio del conocimiento de sí, que es lo primero que tiene de hacer el alma para ir al conocimiento de Dios, ahora en esta canción comienza a caminar por la consideración y conocimiento de las criaturas al conocimiento de su Amado, criador de ellas; porque después del ejercicio del conocimiento propio, esta consideración de las criaturas es la primera por orden en este camino espiritual para ir conociendo a Dios, considerando su grandeza y excelencia por ellas, según aquello del Apóstol que dice *(Rom.,* 1, 20): *Invisibilia enim ipsius a creatura mundi, per ea quae facta sunt, intellecta, conspiciuntur.* Que es como si dijera: Las cosas invisibles de Dios, del alma son conocidas por las cosas visibles criadas e invisibles. Habla, pues, el alma en esta canción con las criaturas, preguntándoles por su Amado. Y es de notar que, como dice san Agustín (1), la pregunta que el alma hace a las cria-

---

(1) *Confesiones,* lib. 10, cap. 6.

turas es la consideración que en ellas hace del Criador de ellas. Y así en esta canción se contiene la consideración de los elementos y de las demás criaturas inferiores, y la consideración de los cielos y de las demás criaturas y cosas materiales que Dios crió en ellos, y también la consideración de los espíritus celestiales, diciendo:

¡Oh bosques y espesuras!

2. Llama *bosques* a los elementos, que son tierra, agua, aire y fuego; porque así como amenísimos bosques, están poblados de espesas criaturas, a las cuales aquí llama *espesuras* por el grande número y mucha diferencia que hay de ellas en cada elemento: en la tierra, innumerables variedades de animales y plantas; en el agua, innumerables diferencias de peces, y en el aire, mucha diversidad de aves, y el elemento del fuego, que concurre con todos para la animación y conservación de ellos; y así, cada suerte de animales vive en su elemento, y está colocada y plantada en él como en su *bosque* y región donde nace y se cría. Y a la verdad, así lo mandó Dios en la creación de ellos (*Gen.*, 1), mandando a la tierra que produjese las plantas y los animales, y a la mar y agua los peces, y al aire hizo morada de las aves. Y por eso. viendo el alma que Él así lo mandó y que así se hizo, dice el siguiente verso:

plantadas por la mano del Amado.

3. En el cual está la consideración, es a saber: que estas diferencias y grandezas sola *la mano del Amado* Dios pudo hacerlas y criarlas. Donde es de notar que advertidamente dice *por la mano del Amado,* porque aunque otras muchas

cosas hace Dios por mano ajena, como de los ángeles y de los hombres, ésta, que es criar, nunca la hizo ni hace por otra que por la suya propia; y así el alma mucho se mueve al amor de su Amado Dios por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas. Y dice adelante:

¡Oh prado de verduras!

4. Esta es la consideración del cielo, al cual llama *prado de verduras*, porque las cosas que hay en él criadas siempre están con verdura inmarcesible, que ni fenecen ni se marchitan con el tiempo, y en ellas como en frescas verduras se recrean y deleitan los justos; en la cual consideración también se comprende toda la diferencia de las hermosas estrellas y otros planetas celestiales.

5. Este nombre de *verduras* pone también la Iglesia a las cosas celestiales cuando, rogando a Dios por las ánimas de los fieles difuntos, hablando con ellas, dice: *Constituat vos Dominus inter amaena virentia* (1). Quiere decir: Constitúyaos Dios entre las verduras deleitables.

Y dice también que este *prado de verduras* también está

de flores esmaltado.

6. Por las cuales *flores* entiende los ángeles y almas santas, con las cuales está adornado aquel lugar y hermoseado, como un gracioso y subido esmalte en un vaso de oro excelente.

decid si por vosotros ha pasado.

---

(1) *Confesiones*, lib. 10, cap. 6.

7. Esta pregunta es la consideración que arriba queda dicha, y es como si dijera: Decid qué excelencias en vosotros ha criado.

CANCION V

Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura.

DECLARACIÓN

1. En esta canción responden las criaturas al alma; la cual respuesta, como también dice san Agustín en aquel mismo lugar, es el testimonio que dan en sí de la grandeza y excelencia de Dios al alma que por la consideración se lo pregunta. Y así en esta canción lo que se contiene en substancia es que Dios crió todas las cosas con gran facilidad y brevedad, y en ellas dejó algún rastro de quien Él era, no sólo dándoles el ser de nada, mas aún dotándolas de innumerables gracias y virtudes, hermoseándolas con admirable orden y dependencia indeficiente que tienen unas de otras; y esto todo haciéndolo por la Sabiduría suya por quien las crió, que es el Verbo, su Unigénito Hijo. Dice, pues, así:

Mil gracias derramando.

2. Por estas *mil gracias* que dice iba *derramando* se entiende la multitud de las criaturas innumerables; que por eso pone aquí el número mayor, que es mil, para dar a entender la multitud

de ellas. A las cuales llama *gracias*, por las muchas gracias de que dotó a las criaturas; las cuales, derramando, es a saber, todo el mundo poblando,

pasó por estos sotos con presura.

3. *Pasar por los sotos* es criar los elementos, que aquí llama *sotos;* por los cuales dice que *derramando mil gracias* pasaba, porque de todas las criaturas los adornaba, que son graciosas; y allende de eso, en ellas derramaba las *mil gracias*, dándoles virtud para poder concurrir con la generación y conservación de todas ellas. Y dice que *pasó*, porque las criaturas son como un rastro del paso de Dios, por el cual se rastrea su grandeza, potencia y sabiduría y otras virtudes divinas. Y dice que este paso fue *con presura*, porque las criaturas son las obras menores de Dios, que las hizo como de paso; porque las mayores, en que más se mostró, y en que más Él reparaba, eran las de la Encarnación del Verbo y misterios de la fe cristiana, en cuya comparación todas las demás eran hechas como de paso, con apresuramiento.

y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

4. Según dice san Pablo *(Hbr.*, 1, 3), el Hijo de Dios es *resplandor de su gloria y figura de su substancia.* Es, pues, de saber, que con sola esta figura de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fue darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, según dice en el Génesis por estas palabras (1, 31): *Miró Dios todas las cosas que ha-*